

CAPÍTULO XIV

Efectos de la expedición de Egipto en Europa.—Funestas consecuencias del combate naval de Abukir.—Declaración de guerra de la Puerta.—Esfuerzos de Inglaterra para formar una nueva coalición.—Conferencias con el Austria en Seltz.—Progreso de las negociaciones de Rastadt.—Nuevas agitaciones en Holanda, en Suiza y en las repúblicas italianas.—Cambio de la Constitución cisalpina.—Grandes apuros del Directorio sobre este asunto.—Situación interior.—Pronúnciase una nueva oposición en los Consejos.—Propensión general á la guerra.—Ley sobre la conscripción.—Hacienda del año VII.—Renúevanse las hostilidades.—Invasión de los Estados romanos por el ejército napolitano.—Conquista del reino de Nápoles por el general Championnet.—Abdicación del rey del Piamonte.

La expedición á Egipto continuó siendo un misterio en Europa mucho después de la salida de nuestra escuadra. La toma de Malta bastó para que se fijasen las conjeturas: esta plaza se tenía por inexpugnable, y el hecho de haberla conquistado al paso hizo que se atribuyera una gloria extraordinaria á los argonautas franceses. El desembarco en Egipto, la ocupación de Alejandría y la batalla de las Pirámides asombraron á todos los ánimos en Francia y en Europa. El nombre de Bonaparte, que había parecido tan grande cuando llegaba de los Alpes, produjo un efecto más singular y admirable procediendo de los lejanos países de Oriente. Bonaparte y Egipto eran el asunto de todas las conversaciones: nada eran los proyectos ejecutados; suponíanse otros más gigantescos aún; decíase que Bonaparte iba á cruzar la Siria y la Arabia, y arrojarle sobre Constantinopla ó la India.

La desgraciada batalla de Abukir no destruyó el prestigio de la empresa, pero sí reanimó todas las esperanzas de los enemigos de Francia y aceleró el triunfo de sus planes. Inglaterra, que se hallaba sumamente alarmada por su poder comercial, y que sólo aguardaba ocasión favorable para darnos nuevos enemigos, llevó á Constantinopla sus intrigas. No le disgustaba al Gran Señor ver castigados á los mamelucos; pero tampoco quería perder el Egipto. Todavía no había salido de París Mr. de Talleyrand, que debió presentarse á dar satisfacciones al diván, y los agentes de Inglaterra hallaron con esto ancho campo para persuadir á la Puerta que no podía saciarse la ambición de Francia; que después de haber trastornado á Europa, quería conmovier el Oriente, y que despreciando una antigua alianza, iba á invadir la provincia más rica del imperio turco. Estas intrigas y el dinero repartido en el diván no hubieran, sin embargo, bastado á decidirle, si la magnífica escuadra de Brueys hubiese podido ir á bloquear los Dardanelos; pero el combate de Abukir privó á los franceses de todo su ascendiente en el Levante, y dió á Inglaterra decidida preponderancia. La Puerta declaró solemnemente la guerra á Francia el día 4 de septiembre, y por una provincia perdida hacía ya tiempo se enemistó con su amiga natural y se unió con sus más temibles enemigos, Rusia é Inglaterra. El sultán mandó que se reuniese un ejército para reconquistar el Egipto, cuya circunstancia hacía en extremo ardua la posición de los

franceses. Separados de Francia, y privados de todo auxilio por las vencedores escuadras de los ingleses, estaban además expuestos á verse encima todas las hordas del Oriente, siendo sólo unos treinta mil hombres para luchar contra tales riesgos.

Nelson, victorioso, fué á Nápoles para carenar su malparada escuadra y recibir los honores del triunfo; y á pesar de los tratados que unían á la corte de Nápoles con Francia y la prohibían suministrar ningún auxilio á nuestros enemigos, todos los puertos y astilleros de Sicilia quedaron abiertos para Nelson, á quien se recibió también con extraordinarios honores. Salieron á recibirle el rey y la reina á la entrada del puerto, y le llamaron el héroe libertador del Mediterráneo. Dijeron que el triunfo de Nelson debía ser el santo y seña del universal levantamiento, y que las potencias debían aprovecharse del momento en que el más temible ejército de Francia y su más valeroso capitán se hallaban en Egipto, para marchar contra ella y ahogar en su seno á sus soldados y á sus principios. Extraordinariamente activas fueron las sugerencias que se hicieron en todas las cortes. Escribieron á Toscana y al Piamonte para estimular su odio, hasta entonces encubierto, pues decían que había llegado el momento de secundar á la corte de Nápoles, ligarse contra el enemigo común, sublevarse todos á un tiempo á espaldas de los franceses y degollarlos desde un extremo á otro de la península. Indicóse al Austria que debía aprovecharse del instante en que las potencias italianas acometían por la espalda á los franceses, para atacarlos de frente y privarlos de Italia. No era, en efecto, difícil, porque ni Bonaparte ni su terrible ejército se hallaban ya en el Adige; al mismo tiempo se dirigieron al Imperio, privado de parte de sus Estados y reducido á ceder la orilla izquierda del Rhin; trataron de sacar de su neutralidad á Prusia, y finalmente, se valieron respecto á Pablo I de cuantos medios podían ser eficaces para con su apocado ánimo, y decidirle á suministrar los auxilios tanto tiempo antes aguardados y tan vanamente prometidos por Catalina.

Las cortes todas no podían menos de acoger bien tales sugerencias, aunque no todas estuviesen en disposición de ceder á ellas. Las más enconadas y predisuestas á sofocar la revolución eran las más próximas á Francia; mas por lo mismo que estaban más cerca del coloso republicano, se veían precisadas á guardar ma-

yor reserva y prudencia para entrar en lucha con él. La más fácil de seducir era Rusia, así como la menos expuesta á venganzas, ya por su distancia, ya por el estado moral de sus pueblos. Catalina, cuya sagaz política se había dirigido siempre á complicar la situación del Occidente, así para tener el pretexto de intervenir en él, como por tener tiempo para hacer en Polonia cuanto quisiera, Catalina no se había llevado al sepulcro su política. Esta es innata al gabinete ruso, pues proviene de su misma posición; puede variar de conducta ó de medios, según su soberano sea astuto ó valiente; pero siempre se encamina al mismo fin, llevado de una tendencia irresistible. La ingeniosa Catalina se había contentado con dar esperanzas y auxilios á los emigrados, predicando la cruzada, pero sin aprontar ni un soldado. El mismo rumbo iba á seguir su sucesor, aunque con distinto carácter, porque aquel príncipe volento y casi insensato, si bien era hombre generoso, pareció separarse en un principio de la política de Catalina y negarse al tratado de alianza concluído con Inglaterra y Austria; pero después de esta momentánea divergencia volvió muy pronto á la política de su gabinete. Viósele dar acogida al pretendiente, y sostener de su cuenta á los emigrados después del tratado de Campo-Formio. Se le persuadió que debía hacerse jefe de la nobleza europea amenazada por los demagogos; y el paso que dió la orden de Malta, tomándole por su protector, contribuyó á exaltarle; de modo que adoptó la idea que le proponían con la inconstancia y frenesí de los príncipes rusos: ofreció su protección al Imperio y quiso salir garante de su integridad. La toma de Malta le hizo montar en cólera, y entonces ofreció la cooperación de sus ejércitos contra Francia. Inglaterra triunfaba, pues, en San Petersburgo lo mismo que en Constantinopla, y ponía de acuerdo enemigos irreconciliables hasta entonces.

No en todas partes reinaba el mismo celo: Prusia se hallaba demasiado bien con su neutralidad y el abatimiento de Austria para querer intervenir en la lucha de los dos sistemas. Sólo vigilaba sus fronteras por la parte de Francia y Holanda, á fin de impedir el contagio de la revolución, y había alineado sus ejércitos de modo que formasen una especie de cordón sanitario. El Imperio, que había llegado á conocer á sus expensas el poderío de Francia, y que se hallaba siempre expuesto á ser el teatro de la guerra, deseaba la paz; los príncipes desposeídos la ansiaban también, porque estaban seguros de hallar indemnizaciones en la orilla derecha; y únicamente los príncipes eclesiásticos, amenazados con la secularización, deseaban la guerra. Las potencias italianas del Piamonte y de Toscana no querían sino una oportunidad, aunque temblaban bajo la mano de hierro de la república francesa, esperando que Nápoles ó Austria dieran la señal. En cuanto al Austria, aunque fuese la mejor dispuesta de las cortes que formaban la coalición monárquica, vacilaba no obstante, con su ordinaria lentitud, en tomar un partido, y temía sobre todo por sus pueblos, muy debilitados ya por la guerra. Francia le había opuesto dos repúblicas nuevas, Suiza y Roma, la una en su flanco y la otra en Italia, lo cual la irritaba mucho, disponiéndola más á empeñar la lucha; mas hubiera pasado por alto estas nuevas invasiones de la coalición republicana si se le hubiera indemni-

zado con algunas conquistas. Con este fin había propuesto conferencias en Seltz, las cuales debían efectuarse en el verano de 1798, no lejos del congreso de Rastadt, concurriendo con éste. De su resultado dependían la determinación del Austria y el éxito de los esfuerzos intentados para formar una nueva coalición.

Francisco de Neufchateau era el enviado elegido por Francia, y por eso se había designado la pequeña ciudad de Seltz, á causa de estar situada á la orilla del Rhin y no lejos de Rastadt, aunque en la margen izquierda. Esta última condición era necesaria, porque la Constitución prohibía al director cesante alejarse de Francia antes de un tiempo dado. Austria envió á Mr. de Cobentzel, y desde el momento pudo ya conocerse las intenciones de esta potencia. Quería ser indemnizada con adquisiciones de territorio de las conquistas que el sistema republicano había hecho en Suiza y en Italia. Francia quería ante todo tratar del acontecimiento de Viena y exigir satisfacciones por el insulto hecho á Bernadotte; pero Austria evitaba las explicaciones sobre este particular, y aplazaba siempre esta parte de la negociación, al paso que el agente francés la reproducía sin cesar, bien que por lo demás tenía orden de contentarse con la menor satisfacción. Francia hubiera deseado que el ministro Thugut, de puesto al parecer, lo hubiese sido realmente, y que se hubiese dado respecto á Bernadotte un paso cualquiera, el más insignificante, para reparar el ultraje recibido. Mr. de Cobentzel se limitó á decir que su corte desaprobaba lo que había acontecido en Viena; pero no se avino á dar ninguna satisfacción, y continuó insistiendo en las extensiones de terreno que reclamaba. Era evidente que no se otorgarían satisfacciones al amor propio ofendido mientras no se obtuviesen las que reclamaba la ambición.

Austria decía que la institución de las dos repúblicas romana y helvética y la evidente influencia que se ejercía sobre las repúblicas cisalpina, liguriana y báltava, eran contravenciones del tratado de Campo-Formio y una peligrosa alteración en el estado de Europa, sosteniendo era indispensable que Francia concediese indemnizaciones, si quería que se le perdonaran las últimas usurpaciones; y por lo que hace al Austria, pedía su negociador que se le concediesen nuevas provincias en Italia. Quería que se estableciese más allá la línea del Adige y las posesiones austriacas se extendiesen hasta el Adda y el Po; es decir, que se diese al emperador más de la mitad de la república Cisalpina. Mr. de Cobentzel proponía indemnizar á ésta última con una parte del Piamonte y que lo restante de este reino se cediese al gran duque de Toscana, dando el rey del Piamonte, por vía de indemnización, los Estados de la Iglesia. De este modo, con tal de engrandecerse el emperador en Lombardía y su familia en Toscana, sancionaba la institución de la república helvética, la destitución del papa y el desmembramiento de la monarquía del Piamonte. Francia no podía acceder á estas proposiciones por muchas razones: en primer lugar le era imposible deshacer la Cisalpina, apenas formada, ni imponer otra vez el yugo de Austria á unas provincias que había libertado, y á quienes había prometido y hecho comprar la libertad: finalmente, en el año anterior había concluído un tratado con el rey del Piamon-

te, por el cual le garantizaba sus Estados. Sobre todo, se había estipulado esta garantía contra el Austria, y Francia no podía de ningún modo sacrificar el Piamonte, por lo cual Francisco de Neufchateau no pudo adherirse á las proposiciones de Mr. de Cobentzel, y se separaron sin haber convenido en nada. Por consiguiente, tampoco se dió la menor satisfacción sobre el acontecimiento de Viena, y Mr. de Degelmann, que debía ir á París de embajador, no fué, declarándose que los dos gabinetes continuaran su correspondencia por medio de sus ministros en el congreso de Rastadt; aquella separación se tuvo totalmente por un rompimiento.

Desde aquel instante, Austria fijóse en su resolución; pero antes de renovar las hostilidades con Francia, quería ganarse el auxilio de las principales potencias europeas. Mr. de Cobentzel salió para Berlín, con orden de trasladarse desde allí á San Petersburgo, y el objeto de aquellos viajes no fué otro que el de contribuir con Inglaterra á formar la nueva coalición. El emperador de Rusia había enviado á Berlín á uno de los principales personajes de su imperio, que era el príncipe de Repnin, debiendo éste unir sus esfuerzos á los de Mr. de Cobentzel y á los de la legación inglesa para convencer al joven rey.

Francia por su parte había mandado á Berlín á uno de sus más distinguidos ciudadanos, Sieyes, cuya reputación había sido inmensa antes del establecimiento de la Convención, obscureciéndose durante el comité de salvación pública; pero viósele renacer de repente así que pudieron las existencias volver otra vez á sus naturales progresos, y el nombre de Sieyes se había hecho el más glorioso de Francia después del de Bonaparte; porque en Francia, después de una reputación militar, nada sobresale tanto como la del hombre profundo y meditador. Sieyes era, pues, uno de los dos grandes personajes de su época: siempre enojado, y vituperando al gobierno, no por ambición, como Bonaparte, sino por aversión á una Constitución que él no había hecho, no podía menos de ser importuno. Pensóse en darle una embajada, pues así se lograría alejarle, hacerle útil y especialmente proporcionarle recursos para existir, porque la revolución se los había arrebatado todos al abolir los beneficios eclesiásticos, y una buena embajada le ofrecía el medio de que los recobrase. La mejor era la de Berlín, porque ni en Austria, ni en Rusia, ni en Inglaterra teníamos enviados: mientras que Berlín era el teatro de todas las intrigas, y aunque Sieyes no era hombre muy acostumbrado al manejo de los negocios, era sin embargo un sagaz y seguro observador. Además su gran nombre le ponía en disposición de representar á Francia, especialmente en Alemania, en donde convenía más que en ninguna otra parte.

No fué de mucho agrado para el rey ver en sus Estados á un revolucionario tan célebre; sin embargo, no se atrevió á oponerse á su nombramiento, y Sieyes se condujo con moderación y dignidad, y fué recibido del mismo modo, aunque le dejaron aislado, porque tratándole como á los demás enviados nuestros en el extranjero, observábanle cuidadosamente y hallábase en cierto modo secuestrado. Los alemanes tenían mucha curiosidad por verle, pero no se atrevían. Su influencia en la corte de Berlín era nula, pues el rey de Prusia

únicamente se dejaba llevar del sentimiento de sus intereses contra las intancias de Inglaterra, Austria y Rusia.

Mientras en Alemania se procuraba decidir al rey de Prusia, la corte de Nápoles, llena de regocijo y temeridad desde la victoria de Nelson, hacía inmensos preparativos de guerra y redoblaba sus instancias con Toscana y el Piamonte. Por una especie de condescendencia, Francia le había dejado ocupar el ducado de Benevento; mas esta concesión no la aquietó, y se lisonjeaba de que adquiriría para la próxima guerra la mitad de los antiguos Estados Pontificios.

Las negociaciones de Rastadt continuaban con bastantes ventajas para Francia, y habiendo Treillard llegado á ser director, y encontrándose Bonaparte en Egipto, habían sido reemplazados en el congreso por Juan Debry y Roberjot. Después de haber conseguido la línea del Rhin, quedaba por resolver una porción de cuestiones militares, políticas y comerciales. Nuestra diputación habíase hecho en extremo exigente, y pedía mucho más de lo que tenía derecho á obtener, pues quería desde luego todas las islas del Rhin, que era un artículo importante, sobre todo considerado militarmente. Después pretendía conservar á Kehl y su territorio frente á Estrasburgo, á Cassel y su posición también enfrente de Maguncia. Solicitaba además que se restableciese el puente mercantil entre los dos Brisach; que se nos concediesen cincuenta fanegas de terreno enfrente del antiguo puente de Huninga, y que se demoliese la importante fortaleza de Ehrenbreitstein. Asimismo exigía que la navegación del Rhin fuese libre, así como la de todos los ríos de Alemania que desaguan en él; que se aboliesen todos los derechos de portazgo; que pagasen la misma aduana los géneros de las dos orillas, y que se conservasen por los ribereños todos los caminos de rueda. Finalmente pedía otra condición muy importante, y era que las deudas de los países de la orilla izquierda cedidos á Francia se traspasasen á los de la derecha destinados á servir de indemnización.

La diputación del Imperio respondió con mucha razón que la línea del Rhin debía ofrecer la misma seguridad á las dos naciones, pues esta razón era la que se había alegado para conceder esta línea á Francia; mas que no existiría para Alemania semejante seguridad si Francia guardaba todos los puntos ofensivos, ya reservándose las islas, ó bien conservando á Cassel, Kehl y las cincuenta fanegas de tierra enfrente de Huninga, etcétera. La diputación del Imperio no quiso admitir las exigencias de Francia, y propuso por verdadera línea divisoria el *thalweg*, es decir, el punto medio del principal brazo navegable. Todas las islas que estaban á la derecha de esta línea debían pertenecer á Alemania, y todas las de la izquierda á Francia; de este modo se situaba entre ambas naciones el verdadero obstáculo que hace del río una línea militar, es decir, el principal brazo navegable. Por consecuencia de esto, la diputación pedía el arrasamiento de Cassel y Kehl, y negaba las cincuenta fanegas de tierra enfrente de Huninga, como asimismo el que conservase Francia ningún punto ofensivo, puesto que Alemania los perdía todos. No con tanta justicia se oponía á la demolición de Ehrenbreitstein, que era incompatible con la seguridad de Coblentz. Otorgaba la libre navegación por el Rhin,

pero la extendía á toda su corriente y quería que Francia obligase á la república bávara á reconocer esta libertad. Respecto á la libre navegación por los ríos interiores de Alemania, decía que este artículo era ajeno de su competencia, pues correspondía individualmente á cada Estado. No tenía reparo en conceder los caminos de rueda, pero pretendía dejar para un tratado de comercio todo lo relativo á los portazgos y á su abolición. Finalmente, quería en lo concerniente á los países de la orilla izquierda cedidos á Francia, que se encargase ésta de sus deudas, por el principio de que toda deuda va unida á su hipoteca, y que los bienes de la nobleza inmediata se considerasen como propiedades particulares y se conservaran bajo este concepto. La diputación solicitaba accesoriamente que las tropas francesas evacuasen la orilla derecha y dejasen de bloquear á Ehrenbreitstein, porque reducían á la miseria á sus habitantes. Estas contrarias pretensiones dieron ocasión á multitud de notas y contranotas durante todo el verano; hasta que últimamente, por los meses de agosto y septiembre de 1798, quedó admitida por la diputación francesa la línea del *thalweg* y se tomó por límite entre Francia y Alemania el principal brazo navegable, y á consecuencia de este principio, debieron dividirse las islas entre los dos Estados. Francia consintió en la demolición de Cassel y Kehl, pero exigió la isla de Petersau, situada en el Rhin, á la altura poco más ó menos de Maguncia y que es muy importante para esta plaza. El Imperio germánico consintió por su parte en la demolición de Ehrenbreitstein, en la libre navegación del Rhin y en la abolición de los portazgos. Faltaba convenirse en el establecimiento de los puentes mercantiles, en los bienes de la nobleza inmediata, en la aplicación de las leyes de la emigración en los países cedidos y en las deudas de los mismos. Los príncipes seculares habían declarado que era menester hacer cuantas concesiones fuesen compatibles con el honor y la seguridad del Imperio, para obtener la paz tan necesaria á Alemania. Era evidente que la mayor parte de estos príncipes querían negociar como se lo aconsejaba Prusia; mas el Austria empezaba á manifestar disposiciones enteramente opuestas, excitando el resentimiento de los príncipes eclesiásticos contra la marcha de las negociaciones. Aunque los diputados del Imperio se pronunciaban por la paz, guardaban, sin embargo, la mayor reserva por el temor que Austria les inspiraba, y vacilaban entre ésta y Prusia; pero en cuanto á los ministros franceses, mostraban mucha entereza, viviendo aparte y en una especie de aislamiento, como todos nuestros ministros en Europa. Tal era la situación del congreso á fines del estío del año vi (1798).

Mientras ocurrían estos acontecimientos en el Oriente y en Europa, Francia, encargada de dirigir las cinco repúblicas creadas á su alrededor, estaba abrumada de atenciones. A cada paso se suscitaban nuevas dificultades para dirigir el espíritu público, sostener á nuestras tropas, poner de acuerdo á nuestros embajadores y generales, y conservar, en fin, la buena armonía con los Estados vecinos.

Casi en todas partes había sido preciso obrar como en Francia; esto es, después de haber humillado á un partido escarmentar á otro. El 3 pluvioso (12 enero) se había hecho en Holanda una especie de fructidor para

alejar á los federalistas, abolir los antiguos reglamentos y dar al país una constitución unitaria semejante á la de Francia; pero esta revolución redundó mucho en favor de los demócratas, que se abrogaron todos los poderes. Después de haber expulsado de la Asamblea Nacional á todos los diputados que parecían sospechosos, se habían constituido ellos mismos en Directorio y formado dos Consejos sin recurrir á nuevas elecciones, tratando en esto de imitar á la Convención Nacional de Francia y sus famosos decretos de 5 y 13 fructidor. En seguida se habían apoderado de la dirección de los negocios, traspasando los límites en que el Directorio francés quería se contuviesen todas las repúblicas confiadas á su cuidado.

Llegó á París el general Daendels, uno de los hombres más distinguidos del partido moderado, habló con nuestros directores, volviendo á salir para Holanda á descargar sobre los demócratas el mismo golpe que habían recibido últimamente en París, excluyéndoles del cuerpo legislativo por medio de las escisiones. Así es que todo lo que se hacía en Francia era preciso repetirlo poco después en los Estados que dependían de ella. Joubert tuvo orden de apoyar á Daendels, y éste se reunió á los ministros, y auxiliado por las tropas bávaras disolvió el Directorio y los Consejos, formando un gobierno provisional y procediendo á nuevas elecciones. Mandóse retirar al ministro de Francia Delacroix, que había apoyado á los demócratas, y estas escenas produjeron el efecto de costumbre, que fué decir que las constituciones republicanas no podían existir por sí, que á cada momento había que sostenerlas con bayonetas y que los nuevos Estados dependían enteramente de Francia.

Tampoco había podido plantearse en Suiza la república *una é indivisible* sin algunos combates, y excitados por los clérigos y aristócratas suizos los pequeños cantones de Schwitz, Zug y Glaris, habían jurado oponerse á la adopción del nuevo régimen. El general Schauenburg, sin querer reducirlos por la fuerza, había prohibido toda comunicación de los demás cantones con éstos. Acudieron al punto á las armas los pequeños cantones sublevados, y entraron en Lucerna, asolando y saqueando; pero Schauenburg marchó contra ellos, y después de algunos porfiados encuentros, los redujo á pedir la paz. En ésta se estipuló que deberían aceptar la nueva constitución, y hubo que entrar también á fuego y sangre para contener á los paisanos del alto Valais, que habían descendido al bajo con el objeto de restablecer en él su dominio.

A pesar de todos estos obstáculos, la constitución estaba ya en pleno vigor en mayo de 1798 y se había reunido en Arau el gobierno helvético, compuesto de un Directorio y dos Consejos que principiaban á plantear la administración del país. El nuevo comisionado francés era Rapinat, cuñado de Rewbell, con el cual debía entenderse el gobierno helvético en la administración de los negocios. Difícil la hacían las circunstancias, pues los clérigos y aristócratas acechaban desde las montañas la ocasión favorable para amotinar de nuevo el pueblo, y era preciso vigilarlos mucho, sostener y contentar al ejército francés que tenían para contrarrestarlos, organizar la administración y ponerse en estado de existir en breve con absoluta independencia: cargo no